

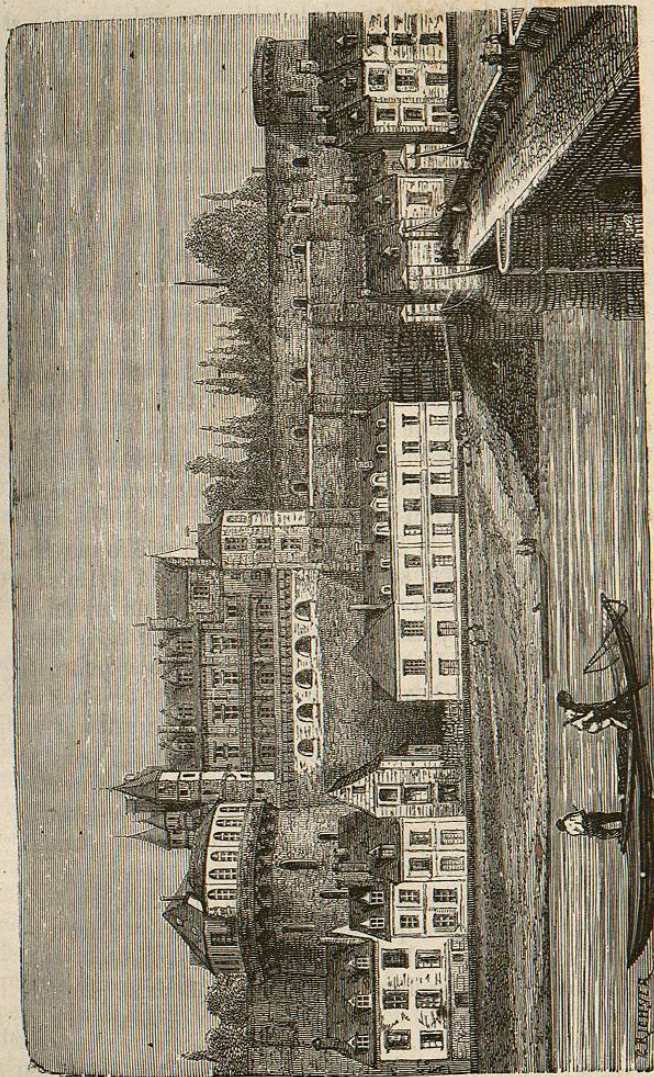
Así que Italia se vió libre volvió á sus discordias y no tardó la guerra civil en llamar otra vez al extranjero. A instancias de Luis, el emperador Maximiliano pasó los Alpes, como Carlos VIII, y sin que sus recursos fueran proporcionados á sus ambiciones. Quería desempeñar el papel de Oton ó de Carlo Magno, y apenas podía con el de condottiere. Rechazado por los florentinos al frente de Liorna, tuvo que regresar á Alemania, no habiendo ganado mas que el sobrenombre de *Maximiliano sin dinero* en aquella ridícula aventura.

Continuó, pues, la guerra civil en diferentes partes: en la Romanía, entre el papa y los barones romanos; en la Toscana, entre Pisa y Florencia, y dentro de Florencia, entre los partidarios y los enemigos de Savonarola, quien murió en la hoguera (1498), sin que por eso se restableciera la buena armonía.

En Francia Carlos VIII, atento á las quejas de sus pueblos, «trataba, dice Comines, de vivir con arreglo á los mandamientos de Dios, y de ordenar la justicia y la hacienda,» cuando murió de resultas de un accidente á los veinte y ocho años de edad, en el castillo de Amboise. El ya citado Comines hace de su bondad grandes elogios. La rama directa de los Valois se extinguió con Carlos VIII, y entró á reemplazarla la de los Valois de Orleans.

Luis XII (1498-1515).

No habiendo dejado un hijo Carlos VIII, correspondia de derecho la corona al duque Luis de Orleans, que tenia entonces treinta y seis años, y era nieto de un hermano de Carlos VI. Luis XII pertenecía á una familia amable y deseosa de figurar, que agradaba por sus buenas prendas y aun por sus defectos. Su abuelo fué un caballero muy brillante, su padre un poeta que escribió bellísimas composiciones, y su tío Dunois, el mas bizarro de los capitanes de Carlos VII y uno de los nombres de la antigua Francia cuya popularidad existe todavía. Luis, sin ser un hombre superior, se distinguia por su carácter bondadoso. Inau-



Amboise.

guró su reinado disminuyendo la talla y no quiso recibir el don de feliz advenimiento¹ que se elevaba á 300,000 libras.

Se casó con la viuda de Carlos VIII para impedir que su ducado de Bretaña pasara á otra casa (1499); mas desgraciadamente, así que ordenó algun tanto la administración del país, repitió la fatal expedición que costó tan cara á los franceses.

Herederó de los derechos de Carlos VIII sobre Nápoles, tenía también por su abuela Valentina Visconti pretensiones sobre el Milanesado usurpado por Luis Sforzia; y resuelto á reclamarlos, prometió á los venecianos Cremona y Ghiara de Adda, y á los florentinos la sumisión de Pisa, en estado de rebelión entonces. César Borgia había ya recibido el ducado francés de Valentinois. El italiano Trivulcio, que pasó al servicio de Luis XII, no tuvo mas que presentarse en el Milanesado á la cabeza de 8,000 caballos y 12,000 infantes y seguidamente Luis, abandonado por los suyos, se fugó al Tirol (1499).

El mal gobierno de Trivulcio que, como güelfo que había sido persiguió á sus adversarios, infundió á Luis la esperanza de recobrar lo que perdió, y con un tropel de aventureros suizos y alemanes, arrojó de Milan á los franceses; pero Luis XII bajó los Alpes con otro ejército, le encontró cerca de Novara (1500), los suizos de Luis se negaron á batirse contra sus compatriotas que estaban en el ejército francés, y fué vencido. Ni siquiera logró ponerse en salvo, porque un suizo le entregó cuando quería escaparse disfrazado, y le enviaron á Francia para encerrarlo en un calabozo de Loches, donde pasó doce años y murió de gozo el día que le anunciaron que estaba libre.

Concluida la conquista del Milanesado, Luis XII pensó en Nápoles, y lo primero que hizo fué asegurarse la neutralidad ó el apoyo de la Italia central. Los florentinos recibieron auxilios contra Pisa que seguía sublevada. Alejan-

1. El don de feliz advenimiento era un tributo que debía pagar todo el que disfrutaba de la corona un privilegio ó un cargo cualquiera, sin lo cual quedaba desposeído de su empleo ó de su fuero.

dro VI quería constituir un principado para su hijo César Borgia en la Romanía á costa de los mil tiranuelos que hacían de este país una madriguera de bandidos; y con efecto, gracias al auxilio de algunas tropas francesas, aquel hombre famoso por sus traiciones y sus crímenes, que vino á ser el héroe de Maquiavelo en su libro del *Principe*, pudo limpiar de malhechores feudales el territorio de la Romanía.

Finalmente, Luis repartió de antemano el reino de Nápoles con Don Fernando el Católico (1500) para no tener que romper lanzas, y se reservó el título de rey, con la capital, los Abruzzos y la Tierra de Labor, en tanto que Fernando tomaba la Pulla y la Calabria con el título de duque. El desdichado Federico rey de Nápoles abrió con toda confianza sus fortalezas al general del rey de España Don Gonzalo de Córdoba; y cuando pidió socorros á este contra los franceses, que estaban ya en la frontera (junio de 1501), comprendió que le vendía: airado contra el traidor mas que contra el enemigo, entregó Nápoles y el castillo Nuevo á los franceses y se rindió á Luis XII que le ofreció un apacible retiro en las márgenes del Loira (1501).

Consumada la conquista, no se operó el reparto amistosamente. Los españoles y los franceses se disputaron muchos cantones así como también el impuesto de los ganados que en otoño pasan de las alturas de los Abruzzos á los llanos de la Capitanata, impuesto que constituía el producto mas saneado del reino. El virey, duque de Nemours, estrechó á Gonzalo de Córdoba en Barletta (1502); y entonces Fernando el Católico permitió á su yerno Felipe el Hermoso que negociara un tratado con Luis XII en cuya virtud se suspendieron las hostilidades, con lo cual pudo recibir refuerzos Gonzalo de Córdoba; pero seguidamente desaprobó lo hecho, y continuó la guerra. Nemours tuvo que retirarse: su teniente Aubigny, derrotado en Seminara, perdió la Calabria (21 de abril de 1503), y él atacó imprudentemente cerca de Ceriñola (28 de abril) y fué derrotado y muerto. Solo Venusa y Gaeta quedaron en poder de los franceses.

Luis XII quiso vengar aquella traicion y envió á los Pireneos los ejércitos cuyas empresas fracasaron, y otro pasó los Alpes con la Tremoille, sin mejor suerte. Detenido algun tiempo en las inmediaciones de Roma por las intrigas á que dió márgen la eleccion de un nuevo papa, la Tremoille dejó á Don Gonzalo tiempo bastante para ponerse en defensa; fué vencido en el Garellano, no obstante el denuevo de Bayardo que se sostuvo solo en un puente contra doseientos hombres (27 de diciembre) y tuvo por fin que rendirse en Gaeta (1º de enero de 1504). Luis de Ars, que mandaba en Venusa, se abrió con las escasas fuerzas que tenia, el camino de Francia.

Era muy de temer que la pérdida del Milanesado siguiera á la del reino de Nápoles. Luis XII desarmó á sus enemigos con el primer tratado de Blois (1504), y en cambio de la investidura del Milanesado, renunció al reino de Nápoles, dejando su pertenencia al soberano de los Países Bajos, al heredero de Austria y de España, príncipe Don Carlos, que se casaria con Claudia, hija del rey y de Ana de Bretaña, dotada con la Bretaña y la Borgoña. No podia firmarse tratado mas desastroso; pero la Francia reclamó y Luis XII aprovechó la primera ocasion de satisfacer sus deseos. En 1505, airado Don Fernando el Católico contra su yerno, pensó en desheredarle casándose en segundas nupcias con Germana de Foix, sobrina de Luis XII, y entonces el rey de Francia concluyó otro tratado, que tambien se firmó en Blois (octubre de 1505), por el cual cedió de nuevo sus derechos sobre Nápoles á su sobrina, lo que equivalia á romper una de las principales condiciones del enlace de Claudia. Como la Borgoña y la Bretaña se hallaban comprometidas en la anterior estipulacion, Luis congregó en Tours los Estados generales para romperla abiertamente (15 de mayo de 1506), y los Estados declararon que por pertenecer á los dominios de la corona eran inalienables aquellas dos provincias, y suplicaron al rey que casase á su hija Claudia con su heredero Francisco, duque de Angulema. Poco trabajo le costaba á Luis XII conceder lo que anhelaba, y quizás esta vez engañó á los que se pro-

ponian engañarle. Ni Maximiliano, que tenia siempre mucha ambicion y poco dinero, ni Fernando, que por la muerte de Felipe el Hermoso, quedó encargado de la tutela de su nieto Carlos de Austria, reclamaron, y el año siguiente pudo Luis XII restablecer la paz en Génova trastornada con los motines. « Traficantes, gritaba Bayardo, defendeos con las varas de medir, que no estais acostumbrados á lanzas ni picas. » Y construyeron el fuerte de la Linterna para dominarlos (1507).

La caida de los Borgias, despues de la muerte del papa Alejandro VI, produjo desastrosas consecuencias en los Estados pontificios: apareció de nuevo la anarquía con su séquito de guerras civiles, saqueos y asesinatos. « La Italia, dice Maquiavelo, se encuentra hoy sin cabeza, sin instituciones y sin leyes. Vencida, destrozada y conquistada, no ostenta mas que ruinas á los ojos de sus hijos; y sin embargo, humillada y todo por los bárbaros, está dispuesta á seguir una bandera comun, si se presenta un hombre que enarbole esa bandera. »

El hombre que deseaba Italia fué el papa Julio II, vigoroso anciano que se prometia ser *señor y amo del mundo*. Quería expulsar de la Península á los extranjeros que él llamaba bárbaros; pero queria tambien que la Santa Sede dominara en la Italia libre, y como para esto era preciso recobrar los dominios que le fueron arrebatados y poseia Venecia, empezó por esta empresa su obra. Ahora bien, la política, que consistia en humillar á los venecianos por los bárbaros, y luego en expulsar á estos con auxilio extraño, tenia un fundamento bien deleznable. Julio II pudo quitar la Italia á los franceses, pero la tuvo que dar á los españoles: fué un cambio de amos.

No hubo desastre en Italia que no aprovechara Venecia, por cuya razon todos sus vecinos estaban quejosos. Luis XII echaba de menos Cremona que le habia cedido últimamente y Brescia y Bérgamo, que se perdieron antes; Don Fernando el Católico consideraba que le habian salido muy caros los recursos pecuniarios que recibió de la república contra los franceses, habiendo tenido que ceder algunas

poblaciones en la costa de Nápoles; y finalmente, Julio II reclamaba Rávena, Cervia, Faenza, Rímíni, antiguas posesiones de la Santa Sede, y Maximiliano pedía Verona, Vicenza, Padua, en nombre del imperio, y el Friul y Trieste, á nombre de la casa de Austria.

Los codiciosos reclamantes se coaligaron en Cambray contra la república (1508); y pasados algunos meses el papa pronunció el entredicho contra Venecia, sus magistrados, ciudadanos y defensores.

Luis XII abrió la campaña pasando el Adda (8 de mayo) á la cabeza de mas de 20,000 infantes y de 2,300 lanzas y alcanzó al Alviano, condottiere al servicio de Venecia, en el dique de Agnadel, el 14 de mayo de 1509. Mantuviéronse firmes los venecianos; pero Bayardo y algunos caballeros se metieron en los pantanos y atacaron de flanco, lo que determinó su derrota. De ocho á diez mil hombres quedaron en el campo de batalla, con toda la artillería y los bagajes. Aquella victoria abría á los franceses la entrada de las lagunas; pero la república se salvó con un rasgo de genio: retiró sus tropas de todas las ciudades y levantó el juramento de fidelidad á sus súbditos, los cuales tuvieron á honra permanecer fieles, toda vez que no les imponían la obediencia. Replegada sobre sí misma é inexpugnable en medio del mar, Venecia esperó á que estallara la discordia entre los aliados, lo que no tardó mucho.

Julio II tenia ya conseguido uno de sus fines, puesto que recobró las ciudades de la Romanía: seguidamente pensó en el otro que era la expulsion de los bárbaros de Italia, y sin reparar en su última alianza, quiso comenzar por los franceses que mas que ningun otro contribuyó á llamar á la Península en tiempo de Carlos VIII. El 2 de febrero de 1510 concedió la absolucion á la república de Venecia; despues separó de la liga de Cambray á Don Fernando, sin gran trabajo, en verdad, porque habia ya recogido todos los frutos que de ella se esperaba; quebrantó la fidelidad de Maximiliano y encargó al cardenal de Sion, Mateo Schinner que sobornara á los suizos cuyos subsidios no habia querido aumentar Luis XII. Inmediatamente atacaron al

duque de Ferrara, aliado de la Francia, y á la ciudad de Génova, pero sin fruto. Sin embargo, Luis XII vacilaba en combatir contra el jefe de la cristiandad; y entonces el clero de Francia se reunió en Tours y declaró que la guerra no se hacia al papa, sino al soberano de los Estados romanos; que por lo tanto era legítima y que todas las excomuniones se considerarían como nulas.

Combatieron, pues, sin miramientos por una y otra parte. Chaumont, á la cabeza de las tropas francesas sorprendió resueltamente al ejército pontificio delante de Bolonia y en poco estuvo « en la duracion de un *Padre nuestro* » que el caballero no sentara su mano en las insignias pontificales. Atacado como príncipe, Julio II se defendió como soldado; entró en la Mirandola por la brecha (1511) y quizás habria adelantado mucho mas en sus triunfos, si no se hubiera rebelado Bolonia, cuyos moradores hicieron pedazos su estatua, obra de Miguel Angel. Retrocedió, fué derrotado en Casalechio y entró enfermo en Roma. Luis XII vió la ocasion propicia, y congregó en Pisa un concilio general para que pronunciara la deposicion del papa, despues de examinar su conducta, falta gravísima, porque con tal medida cambiaba el carácter de la guerra. En grado muy superior al soberano temporal debilitado, apareció el soberano espiritual omnipotente. Julio II puso en entredicho la ciudad de Pisa, excomulgó á los cardenales disidentes, reunió otro concilio en San Juan de Letran y pidió apoyo á las potencias católicas. Todas respondieron. Don Fernando de España, el rey de Inglaterra Enrique VIII, Maximiliano, la república de Venecia, los suizos, lisongeados con el nombre de *defensores de la Santa Sede*, formaron una *santa liga* (5 de octubre de 1511) declarando que querian evitar un cisma, cuando lo que se proponían en realidad era expulsar de Italia á los franceses.

El español Raimundo de Cardona reforzó con 12,000 hombres las tropas pontificias; los venecianos aprovecharon el momento para recobrar poco á poco sus plazas perdidas; 10,000 suizos guiados por Mateo Schinner bajaron de sus montañas, y la traicion trabajó las tropas y las guarnicio-

nes alemanas que aun estaban al servicio de Luis XII en Italia, en tanto que las fronteras francesas se veian amenazadas simultáneamente por el norte, el este y el sur. Un jóven y heróico general conjuró un instante tantos peligros : Gaston de Foix, duque de Nemours acudió á tomar el mando de las tropas de Italia, y valiéndose del hierro y del dinero, comienza por rechazar á los suizos á sus montes (diciembre de 1511). Viendo á Bolonia asediada por las tropas de España y de la Santa Sede, corre á la ciudad (7 de febrero de 1512) y la deja libre de sitiadores. Brescia estaba en poder de los venecianos porque se la habian entregado los alemanes : Gaston de Foix llega de improviso á sus murallas y la toma por asalto (19 de febrero). Finalmente, el 11 de abril desbarata á los españoles en Rávena; pero allí cae el héroe y espira en medio de su triunfo, á la edad de veinte y tres años.

La Palisse le sucedió sin reemplazarle. El ejército francés mal mandado, retrocedió delante de Raimundo de Cardona, permitió que tomaran de nuevo á Bolonia, y encontró á su espalda 20,000 suizos que llegaban á restablecer en el ducado de Milan á Maximiliano Sforcia, hijo de Luis el Moro. La Palisse no les esperó y se retiró al Piemonte. Por entonces murió Julio II (21 de febrero de 1513) y sus últimas miradas pudieron ver la fuga de los franceses. Su sucesor Leon X continuó sus planes ; estrechó en Malinas la santa liga que, sin embargo, abandonaron los venecianos para volverse con Luis XII, y se decidió la invasion del territorio francés.

Luis XII hizo frente á la tormenta. Atacado dentro de su reino, no por eso abandonó la Italia. A despecho de Don Fernando que, dueño ya de la Navarra española amenazaba á la Navarra francesa, y de los ingleses que acababan de desembarcar en Calais, envió á Italia á la Tremoille y á Trivulcio, los cuales seguidamente encerraron á los suizos con Maximiliano Sforcia en Novara; pero pudo penetrar de noche un gran refuerzo en la plaza y al amanecer del dia siguiente salieron los suizos, marcharon en derechura á la artillería francesa, se apoderaron de ella, no obstante los



Muerte de Gaston de Foix en Rávena (copia del cuadro de Ary Scheffer).

estragos que hacia en sus filas, y al cabo de una encarnizada lucha, pusieron al ejército de sitio en completa derrota (5 de junio). En la parte del norte un terror pánico sobrecogió cerca de Guinegate al ejército francés opuesto á los ingleses reforzados con Maximiliano. Bayardo, con su acostumbrado denuedo, hizo grandes esfuerzos para contener al enemigo; pero los demás combatieron solo *de espuelas* (*éperons*), nombre que le quedó á la jornada del 16 de agosto. Finalmente, 20,000 suizos penetraron hasta Dijon, donde consiguió cortarles el paso la Tremoille con mucho dinero y muchas promesas (13 de setiembre). El único aliado que tenia la Francia, Jacobo IV, rey de Escocia, fué partícipe de su mala fortuna, siendo vencido y muerto en Flowden por los ingleses (9 de setiembre).

La triple invasion que Francia sufrió, obligó á Luis XII á negociar. El convenio de Dijon habia alejado ya á los suizos. Luis retractó lo acordado en el concilio de Pisa para granjearse la amistad del papa, y concluyó con el emperador y el rey de Aragon la tregua de Orleans (marzo 1514). Enrique VIII no queria dejar las armas, hasta que por fin se logró la paz tambien con él, mediante la cesion de Tournay y 100,000 escudos durante diez años, paz que confirmó el enlace de Luis XII con María, hermana del rey de Inglaterra. Poco tiempo despues murió Luis XII (1º de enero de 1515) á la edad de cincuenta y tres años.

Nueva conquista del Milanesado por Francisco I (1515).

Al cabo de veinte años de combates no quedaba mas memoria de los franceses en Italia, que la de los sepulcros que habian dejado. El fogoso pontífice que tomó por lema: « No mas franceses en esta parte de los montes, » murió con la idea de que habia llevado á buen término su obra; pero es lo cierto que los españoles dominaban en Nápoles, los austriacos en el Friul, los suizos en el Milanesado, y la Francia, con su nuevo rey, no estaba dispuesta á aceptar la situacion inferior en que la pusieron los últimos tratados.

En tanto que á Julio II sucedia Leon X, entraba á reinar en Francia en vez de Luis XII, el caballeresco y célebre protector de las letras y las artes Francisco I. Joven, fogoso, ávido de gloria, Francisco I comenzó por romper la tregua de Orleans y emprendió la reconquista del Milanesado; y como sus aliados los venecianos hacian frente á las tropas austro-españolas de Don Fernando el Católico y del emperador Maximiliano, no tenia que combatir sino contra los suizos, único apoyo del duque Maximiliano Sforzia. Con efecto, en tanto que los suizos engañados con estratagemas de guerra corrian á guardar los pasos del monte Cenis, el ejército francés pasaba flanqueándolos por la garganta de Argentiére. Dificultoso fué el paso: hubo que hacer puentes sobre los abismos, hubo que volar rocas para el tránsito de las 72 piezas de artillería; pero gracias al ingeniero Navarro y al denuedo de las tropas, todos los obstáculos se vencieron. Los franceses sorprendieron á Próspero Colonna, general de los aliados, en Villafranca, le hicieron prisionero con 700 jinetes y el rey entró con 35,000 combatientes en el Milanesado, y tomó posicion en el pueblecillo de Mariñan. Excitados por el cardenal de Sion, Mateo Schinner, los suizos en número de 30,000 avanzaron en columna cerrada por el camino de Mariñan y, como de costumbre, se encaminaron á la artillería. El rey les salió al encuentro con su nobleza y sus hombres de armas; pero faltaba espacio, no podian combatir á la vez mas de 500 jinetes y treinta cargas sucesivas no hicieron nada contra el enemigo. Al amanecer del dia siguiente continuó el combate, y merced á las disposiciones que tomó en la noche el duque de Borbon, los suizos se vieron asaltados de flanco por la caballería, de frente por la artillería y ya cejaban, cuando asomó á su espalda la vanguardia veneciana y tuvieron por fin que replegarse sobre Milan, habiendo perdido 12,000 hombres, el honor del campo de batalla, y lo que es mas aun, su fama de invencibles. Trivulcio, que habia combatido en diez y siete batallas campales, dijo que la de Mariñan fué una batalla de gigantes (13 y 14 de setiembre de 1515).

No fué menos notable por sus resultados políticos: el duque de Milan cedió sus derechos mediante una pension, el papa devolvió Parma y Plasencia por el convenio de Viterbo, en el que fueron comprendidos los españoles; y finalmente, la paz que se firmó, cerró la Italia á los suizos. Por el tratado de Friburgo, la Confederacion helvética se comprometió, mediante 700,000 escudos anuales, á permitir que levantara el rey en su territorio las tropas que necesitara. Se llamó la *paz perpétua* y duró tanto como la antigua monarquía francesa.

Otro tratado se firmó con Leon X, que interesaba solo á la Francia, y fué el *concordato* de 1516, que reemplazó la pragmática sancion de 1438, y en cuya virtud quedaron abolidas las apelaciones á Roma, fuente de muchos abusos, las *reservas* y las *gracias expectativas* que daban á la Santa Sede la facultad de proveer muchos beneficios; y se confirió al rey el derecho de nombramiento directo para todas las dignidades eclesiásticas, sin reservarse el de rehusar la investidura á los elegidos mas que en el caso determinado de indignidad canónica. Francisco renunció, no obstante, á la convocacion periódica de los concilios y restableció el impuesto de las *anatas*, ó renta ánua que se debía pagar por todo nuevo beneficio á la Santa Sede.

El primer período de las guerras de Italia terminó, pues, con ventaja aparente de la Francia, que habia ganado el ducado de Milan, del cual la separaban los Alpes y las posesiones de la casa de Saboya. Su rey tenia una nueva corona; pero con ella venia una terrible guerra de cuarenta años.

CAPITULO VIII.

PRIMERA RIVALIDAD DE LAS CASAS DE FRANCIA
Y DE AUSTRIA (1519-1529).

Francisco I y Cárlos V. Primera guerra (1521-1526). — Segunda guerra (1526-1529): tratado de Cambray.

Francisco I y Cárlos V. Primera guerra (1521-1526).

El mismo año en que recogia Francisco I los frutos de su victoria de Mariñan y creia consolidar la pacificacion de Italia, así como tambien la grandeza de la Francia, firmando la *paz perpétua* y el *concordato*, la muerte del rey Don Fernando el Católico daba Nápoles y la mitad de España al futuro emperador Cárlos V (1516). Descendiente del *gran duque de Occidente*, lo que le constituia en soberano de los Países Bajos y del Franco Condado, con pretensiones sobre la Borgoña, Cárlos era por su padre, nieto del emperador Maximiliano y heredero de Austria, y por su madre, nieto tambien de Don Fernando el Católico y de Doña Isabel, con el derecho de sucesion á las coronas de Castilla, de Aragon, de Navarra y de Nápoles. Francisco I no trató de impedir que recogiera tan magnífica herencia; y hasta firmó con él en Noyon un tratado de alianza, sin exigir nada mas que la restitucion de la Navarra á la casa de Albret. Cárlos prometió; pero con la firme resolucion de no cumplir su promesa.

Tres años despues quedó vacante el imperio por la muerte de Maximiliano (1519), y Cárlos y Francisco I se disputaron la corona. En presencia de aquellos poderosos rivales,